

El sistema educativo moderno

La pretensión totalizadora del sujeto y la confianza en la razón como principio moral

Sebastián Valdez Acosta | Maestro. Licenciado en Ciencias de la Educación.
Diplomado en Gestión Educativa, FLACSO-Argentina.

Los sistemas educativos han sido y son parte de la creación e instalación sistemática a nivel mundial de aparatos ideológicos que los Estados necesitan para consolidar nuevos modos de vida. Los Estados nacionales que basaron su economía en el liberalismo burgués, conformaron sistemas educativos encargados de transmitir los modos de pensar y de comportarse que debían adquirir los sujetos en una sociedad. De este modo se podría asegurar estabilidad social, evitar fracturas y conflictos que pongan en riesgo el dominio del mercado en manos capitalistas. Durante mucho tiempo se mantuvo la imagen de una sociedad que contaba con una educación para todos, creadora de oportunidades y justicia.

Los sistemas educativos fueron pensados desde la lógica positivista del período denominado Iluminismo. Algunos de sus postulados eran la confianza en la Razón y su desarrollo para que el Sujeto pueda emanciparse, y obrar libremente y bien. Muchos acontecimientos a lo largo de la historia han demostrado los límites de esta idea. Por otro lado, los cuestionamientos actuales sobre los fundamentos en los que se sostiene el sistema educativo moderno vigente y la reproducción de las desigualdades culturales, sociales y económicas, nos colocan ante la

necesidad de **reflexionar críticamente acerca de cuál es la educación que tenemos para esta sociedad capitalista en la que vivimos.**

En este artículo se presentan algunas líneas para reflexionar sobre algunos principios de la modernidad occidental que sirven de base al sistema educativo, la sociedad y la educación que se tejen e inciden en la constitución de los sujetos. De esta manera se busca poner **en discusión la herencia recibida, su ilusión integradora y forjadora de futuros posibles** que hoy se ven reflejados en la idea de que el pasado educativo fue mejor.

Modernidad occidental: herencia para el desarrollo de la Nación y del Sujeto

«...la “modernidad” es una versión eurocéntrica de la historia de los últimos 500 años, tributaria de una teoría de la temporalidad evolucionista, teleológica, “etapista” o “progresista”, ese tiempo “homogéneo y vacío” que fagocitó las historicidades paralelas y autónomas de las sociedades colonizadas y explotadas desde el propio surgimiento del capitalismo.» (Grüner, 2010:86)



Si bien es cierto que no hay una modernidad, sino muchas, sí se puede sostener que una modernidad, la occidental, se superpone a las otras reduciéndolas casi al olvido o al desprecio por considerarlas inferiores. La modernidad que adquiere nuestro continente es justamente la impuesta durante el proceso de colonización europea. Luego, la consolidación de grupos locales de poder y los diferentes procesos que hacen mutar esta estructura, aunque sin que la clase burguesa pierda el poder, hacen que se establezcan otros requerimientos como la instalación de los Estados nacionales. La búsqueda de legitimación y la necesidad de crear identidad y reconocimiento al estilo de vida burgués, fueron motivos suficientes para instalar sistemas educativos en medio de un proceso civilizatorio, junto con otro conjunto de instituciones como las cárceles y los hospitales, que aseguraran la reproducción de las condiciones de existencia.

La educación es inherente a la humanidad como proceso a través del cual se asegura la transmisión del patrimonio cultural. Se puede entender que «...la educación es el conjunto de fenómenos a través de los cuales una determinada sociedad produce y distribuye saberes, de

los que se apropian sus miembros, y que permiten la producción y reproducción de esa sociedad» (Gvirtz, Grinberg y Abregú, 2012:20). Lo que sí comienza a gestarse a principios del siglo XIX es el sistema educativo moderno escolar que reduce la educación a escolarización, validando solo los aprendizajes que suceden en las aulas que pertenecen a las instituciones formales creadas.

Por lo tanto, el Estado crea todo un conjunto de instituciones que ofician de mediación entre la realidad y los sujetos, es un **proceso de homogenización de la comprensión y apropiación del mundo en el que se vive**. Los actores, a través de las instituciones, son los encargados de transmitir la cultura dominante, los modos de ser, pensar y actuar legitimados en nombre de la nación y el bien común. Lo que cambia en cada momento histórico es lo que se considera apropiado de ser transmitido, las formas de educar y de relacionarse con el saber.

Para la modernidad occidental, la humanidad solo puede mejorar con el desarrollo de la ciencia y la técnica que conduce a la felicidad. Esta idea se fortalece en el siglo XIX con el Positivismo: afirmación positiva del ideal de progreso en el bienestar, la distribución de la riqueza, la prosperidad, la democracia y la justicia. Y es justamente detrás del progreso y la ilusión de la construcción de una sociedad más justa y desarrollada con oportunidades para todos, que se instala el sistema educativo con motivos de inducir a la población a convertirse en ciudadanos a través de la educación formal escolarizada, con acento en la razón instrumental.

Estos rasgos propios de la modernidad occidental estuvieron más o menos estables hasta el estallido de las dos guerras mundiales, que ponen sobre el tapete la discusión acerca de la destrucción a la que puede llevar el progreso y de los límites del desarrollo de la ciencia. El ascenso de los fascismos también puso en duda la homogenización del progreso de la razón humana, dando lugar al resurgimiento de muchas advertencias que venían del siglo XIX, como las de Marx, Nietzsche y Freud. Ante la linealidad desarrollista del pensamiento burgués, los tres plantean conflictos en el interior de la humanidad: lucha de clases, entre la belleza y la tragedia, dentro del sujeto donde hay impulsos y se presenta una lucha entre el inconsciente y

la conciencia. Son los teóricos de una tragedia que no tiene solución, más allá de la imposición de la lógica dominante que es aquella que convence a los demás de que sus intereses son los de todos y oculta el conflicto.

Hay un proceso de naturalización muy potente en cuanto la reducción de la educación a los espacios escolares se asume sin cuestionamientos. Incluso se cree durante mucho tiempo en su promesa de movilidad social y de justicia e igualdad.

Instituciones educativas: estrategia de control y disciplinamiento

La escuela se funda sobre una expectativa clara: formar ciudadanos para la sociedad capitalista basada en el principio de racionalidad instrumental. La urgencia del proyecto que implicaba consolidar Estados nacionales llevó a un intento homogenizador, anulando las diferencias para que los sujetos se reconocieran de la misma manera como parte de un todo más complejo: el Estado.

Por un lado, el sistema educativo sirvió como estrategia de dominación, pero por otro lado significó un avance importante en la consecución de derechos, ya que todos los niños tendrían la oportunidad de aprender lo mismo. *«La creación de la escuela laica, gratuita y obligatoria hacia finales del siglo XIX fue un progreso real en materia de igualdad de posiciones, ya que esta escuela ofrece a todos los niños la posibilidad de compartir la misma cultura, la misma lengua y los mismos valores.»* (Dubet, 2011:26) Pero a su vez funcionó como reproductora de los lugares ocupados en la escala social. *«Buscaba aproximar las diferentes condiciones escolares sin trastocar la estructura social y sus jerarquías.»* (ibid., p. 27)

Esta escuela nació bajo la lógica de la Razón instrumental, en procesos que buscan un Sujeto determinado a través de estrategias de control y disciplinamiento. La Razón ofició como mayor mito de la modernidad occidental, como el camino hacia la liberación de las necesidades que se le presentan a un sujeto. *«Pues la cosmovisión moderna, con su confianza en el poder absoluto de la razón como principio para definir las cuestiones de orden moral, implicó la convicción según la cual si los hombres desarrollaban su capacidad*



de pensar por sí mismos, cada uno de ellos obraría como un agente moral responsable.» (Skliar y Téllez, 2008:33)

En este sentido, **la Modernidad se transformó en un intento de homogenización de la sociedad donde los sujetos, a partir de su inclusión obligatoria en la educación formal**, recibirían ciertos conocimientos de modo tal que les permitiesen abandonar un estilo de vida que no era productivo para la nueva sociedad que se gestaba. La igualdad sobre la que se generó nuestro sistema educativo fue pensada como un fin a alcanzar; es decir, se crearon instituciones educativas que tenían por objetivo hacer a los sujetos iguales. Pero lo cierto es que bajo estas premisas, las desigualdades aumentan. *«La lógica de la Escuela republicana, que promueve la igualdad por la distribución de lo universal del saber, está también atrapada en el paradigma pedagógico que reconstituye indefinidamente la desigualdad que promete suprimir.»* (Rancière, 2007:11)

«En la constitución de nuestros Estados Modernos, la educación fue imaginada como un instrumento idóneo para la integración social (...) A su vez, esto permitiría la futura igualdad de oportunidades en el seno de la sociedad y en la posterior inserción laboral.» (Bordoli, 2006:186) De este modo, *«...hacia fines del siglo XIX y hasta el segundo tercio del siglo XX la educación fue concebida como uno de los garantes de la igualdad de oportunidades entre*



los hombres»¹ (*ibid.*, pp. 187-188). En el contexto americano, los Estados que se constituyen utilizan la «...*igualdad como una meta a alcanzar y, para ello, ofrece la escuela como puente de la ignorancia al conocimiento, de la oscuridad a la luz, de la condición del súbdito a la de ciudadano*» (Siede, 2006:38). La educación aparece como un proceso inherente a la sociedad, a través del cual los sujetos pueden acceder a una mejor calidad de vida, bajo la utopía creciente de que recorrer los caminos ofrecidos por la institución escolar implica poder partir desde un mismo lugar para desarrollar su personalidad e identidad en conjunto y relación con los otros.

El encargado de hacerlo efectivo era el poder político que «...*tiene de hecho el papel de inscribir perpetuamente, a través de una especie de guerra silenciosa, la relación de fuerzas en las instituciones, en las desigualdades económicas, en el lenguaje, hasta en los cuerpos de unos y otros*» (Foucault, 2008:24). Dicha concepción, amparándose en la libertad individual, promueve el beneficio personal y crea instituciones para garantizarlo. «*Cada sistema social establece sus criterios de existencia. En los Estados Nacionales, la existencia es existencia institucional y el paradigma del funcionamiento son las instituciones disciplinarias.*» (Lewcowicz, 2005:19) Se crea todo un conjunto de instituciones que

regularán lo que los sujetos pueden hacer, les da integridad y consistencia. Pasar por estas instituciones era condición necesaria para ser ciudadano. «*El ciudadano es el tipo subjetivo resultante del principio revolucionario que postula la igualdad ante la ley.*» (*ibid.*, p. 20) Las diferencias provocadas por la desigualdad de los contextos en la que nacen los sujetos se da de hecho y se instalan fronteras difíciles de superar para quienes cuentan con menos recursos socioeconómicos.

Los sistemas educativos, más allá de haber podido cumplir papeles diferentes según el momento y el lugar, fueron pensados desde la clase dominante para mantener el poder, preocupada por el adoctrinamiento de las masas. De todas maneras, el imaginario de un futuro posible en la sociedad permitió confiar en el sistema educativo y generar estrategias de apertura democrática, hasta la aparición del mercado compitiendo con el Estado educador.

Dentro de las sociedades modernas y, en consecuencia, en sus sistemas educativos, se han dado luchas intensas entre diferentes concepciones pedagógicas y sociales. Muchas de ellas intentando mantener el orden, y otras tantas buscando consolidar un sistema mucho más justo e igualitario.

¹ Las negritas son del autor del presente artículo.

«Desde la Ilustración, y en particular desde la Revolución Francesa y la llamada Revolución de Estados Unidos, las ideas y exigencias sociales centrales de la modernidad existen formando parte de dos complejos distintos y opuestos de intereses y discursos sociales: el del capital y el del trabajo articulados en el patrón eurocéntrico de poder. Aparecen, en consecuencia, en dos modos diferenciados de asociación: uno, entre el individualismo y la razón instrumental. Otro, entre la igualdad social y la razón histórica.» (Quijano, 2014:614)

Diferentes desarrollos teóricos han interpellado fuertemente esta idea bajo convicciones que determinan otra manera de mirar la realidad. Ya no se considera una Razón, sino un conjunto de racionamientos que confluyen y entran en disputa; ya no se trata de un Sujeto, sino de procesos de reconocimiento y construcción de sujetos implicados en una misma realidad. «Ni sujeto a priori ni instancia única de constitución de subjetividad, sino procesos, prácticas y procedimientos de producción de subjetividades que cristalizan en territorios personales –el cuerpo, el yo– y en territorios colectivos (también cuerpos) como la familia, el grupo o la etnia.» (Skliar y Téllez, 2008:30) **Así es que este sistema de sujeción y normalización, que se admite naturalmente, tiene el poder de estructurar maneras de actuar y pensar, de producir subjetividades, pero también queda en evidencia que existen espacios para salirse de dicho disciplinamiento, para resistir escapando a lo normativo, y buscar otras posibilidades de ser, sentir y pensar. Así, el destino no parece estar completamente dado de antemano.**

El engaño de volver a un pasado mejor: la razón instrumental y la personalidad autoritaria

Lo que muestra la sociedad es una reproducción de las condiciones de existencia, más allá de la educación recibida en las instituciones escolares. La confianza en la Razón como instrumento de desarrollo de las personas se vio condicionada tanto por el socavamiento de las diferencias en su intento homogenizador, como por la ausencia de estructuras sociales

y económicas que habilitaran mejorías en las condiciones de vida. Por otro lado, como veremos en este apartado –retomando la idea central–, ante estas dificultades de ausencia de igualdad y justicia se cree que tiempos pasados fueron mejores, colocando en la nostalgia de recuperar lo supuestamente perdido, la salvación a los problemas actuales, y no en una posible creación de respuestas nuevas para enfrentar dificultades. Por el contrario, para dar cuenta de soluciones deseables, la educación debe servir como estructura cultural capaz de develar las contradicciones que operan fomentando la irracionalidad.

Varios autores insisten en los riesgos que se continúan corriendo, en caso de permanecer los principios de la Ilustración en la estructura educativa en los procesos de enseñanza y aprendizaje, dado que se trata de una teoría totalizadora y lineal del progreso. La búsqueda de respuestas a momentos de inflexión puede conducir a recurrir a viejos principios que insisten en sobrevivir. «O para decirlo de otra manera, los discursos que, frente al predominio de la lógica tecnoinstrumental, al descentramiento de instancias y formas de modelación de conductas, a la hegemonía massmediática y la pérdida de capacidad de las instituciones educativas respecto de sus funciones y efectos de socialización, convocan a la restitución de los grandes ideales de los que se nutrió la utopía educativa moderna.» (ibid., pp. 50-51) Parecería ser que buscar alternativas no deja de estar asociado a recurrir a caminos predefinidos de modelos ideales de ser humano. Solo a través de esta Razón se puede avanzar actuando en el presente imperfecto y progresar hacia un Futuro mejor. Un presente vacío de cuestiones trascendentes para darle importancia a un futuro necesario para la idea de progreso. En este sentido, la educación tiene el papel de oficiar de salvación de los sujetos, en cuanto en las instituciones creadas para transmitir el conocimiento y ejercitar la inteligencia está el camino para que estos se vuelvan virtuosos usando con autonomía su razón. Allí aprenderán los hábitos y las conductas necesarias para integrarse a la sociedad, obrar bien y resolver adecuadamente las situaciones como la moral lo indique.



«El sueño de futuro como redención final de la humanidad configuró la búsqueda del perfeccionamiento del hombre y de la sociedad mediante la educación, que pasó a ser concebida como el medio que aseguraba el progreso material, intelectual, político y moral de la humanidad...» (ibid., p. 59) Los Estados se levantaron sobre esta base: la construcción de una sociedad que reproduzca las condiciones de existencia y pueda caminar buscando el desarrollo para aumentar la riqueza. El sistema educativo sería el instrumento más eficaz para lograrlo bajo la utopía de la igualdad de oportunidades, de la verdadera formación del ser humano. El proyecto educativo se vuelve “uno”, en cuanto que solo es posible una Razón, un Sujeto; de ahí la necesidad de normalización que caracteriza a las instituciones educativas, la autoridad del docente y la confianza en lo que dice y hace, en la creación de un templo como la escuela, en la certeza de que allí se transmite la ciencia y la moral universal.

Esta pretensión totalizadora implica, como sostienen Foucault y Meirieu, el ejercicio de poder que impone una fuerza sobre la otra, con lo cual se entra en una gran contradicción: la pretensión de liberarse, a través de la educación, de un proceso de control sobre el otro con la consecuente negación de su libertad. Tiene que ver con la imposición de la norma como método para distinguir lo que está bien de lo que está mal, lo cual permite organizar, jerarquizar y clasificar a los sujetos según sus acciones.

Porque no volver al pasado tiene que ver también con que haber colocado el énfasis en la razón instrumental, con la que se guió el sistema educativo moderno hasta nuestros días y la sociedad capitalista donde se instaló, ha traído consecuencias que han llevado a demostrar que se pueden conformar personalidades autoritarias.

Para Adorno (1998), el impacto del control social y la concentración tecnológica, tanto como el contexto de permanente violencia, alimentan la irracionalidad de los sujetos al sentirse incapaces de involucrarse en un proceso cognitivo para comprender lo que sucede; se obstaculiza cualquier experiencia real y la impiden. Así es que toda expresión, salvo algunas manifestaciones alternativas, parece ser atrapada por la lógica mercantil y solo puede ser explicada en el mundo económico. «*La racionalidad técnica es hoy la racionalidad del dominio mismo. Es el carácter coactivo de la sociedad alienada de sí misma*» (Horkheimer y Adorno, 1994:166)

Como consecuencia de esta alienación, el sujeto se manifiesta conforme a la ideología dominante, oficial, contrariamente a lo que sería su opinión real. En esta coyuntura aparecen sujetos pseudoconservadores, fascistas en potencia, que mantienen una ideología declarada fundada en ideas liberales, pero su opinión real, que responde a fuerzas inconscientes de la personalidad, corresponde a ideas totalmente opuestas.

En estas condiciones, el sujeto es capaz de aceptar pasivamente la realidad, sin capacidad para cuestionar, para distinguir la esencia de la apariencia. Se comienza a vivir con hostilidad hacia los demás, se responsabiliza a la democracia de no garantizar las necesidades básicas de todos, sin tener en cuenta que el verdadero generador del problema es el sistema económico capitalista. Se plantea la revolución como instrumento para cambiar la democracia, entendida como cambio violento que no tiene por qué perseguir objetivos populares. Se reacciona contra la democracia misma, no contra la desigualdad. Para Adorno, estos pseudoconservadores que también pasaron por el sistema educativo basado en la razón instrumental, tienen un deseo de control autoritario que lleva a un vaciamiento del contenido del socialismo en cuanto limita las libertades para lograr un colectivismo con rigor conceptual.

Esto involucra directamente a la educación que, como agente cultural que debe ser, debe enfrentar y combatir las formas culturales que sobreviven. Debe poder **ofrecer un contrapeso y superar los obstáculos que genera el clima cultural, formando a los sujetos a través de hábitos y valores en la práctica, donde se naturalicen las diferencias y la solidaridad**, como forma de enfrentar la totalidad autoritaria.

Este sujeto moderno vive la paradoja de alcanzar grados de libertad inéditos al mismo tiempo que corre riesgos permanentes de estar en soledad. El fuerte tejido social causa descomposición, ya que los sujetos se sienten presionados y necesitan líneas de fuga con el riesgo de aislamiento. Adorno insiste en que: *«Puede hablarse de la claustrofobia de la humanidad en el mundo administrado, de un sentimiento de encierro dentro de un nexo enteramente socializado tejido como una tupida red. Cuanto más tupida es la red, más se procura escapar, y al mismo tiempo precisamente su espesor impide la salida»* (ob. cit., p. 81).

El sentimiento de hostilidad contra el otro o lo otro aumenta cuando se percibe esta presión social, cuando la regularización de la vida aumenta el sometimiento. Surgen así expresiones de irracionalidad contra la propia civilización, conductas fascistas como lo fue en su máxima expresión el nazismo. La ausencia de referencias espirituales, sustituidas por explicaciones del mundo real

que dependen de las acciones de cada sujeto, aumenta la frustración y el riesgo de guiarse por conductas irracionales. El sentimiento de impotencia e insignificancia transforma llevando al sujeto de ser humano a lo que los demás esperan de él. Ya no se identifica con lo que hace ni con lo que hacen los demás. La racionalidad instrumental expone al sujeto a la condición de objeto de consumo. Es despojado de todo lo que produce, ya no se identifica con ello, *«...ha construido su mundo (...) pero se ha visto apartado del producto de sus propias manos, y en verdad ya no es dueño del mundo que él mismo ha edificado»* (Fromm, 1961:149).

La debilidad radica en la incompreensión de la complejidad de la realidad, en la incapacidad de lograr un yo autónomo. Como consecuencia, los sujetos se adhieren sin resistencia a movimientos reaccionarios donde encuentran seguridad e incluso cierta fascinación. Este sujeto se vuelve lo que los demás esperan inmerso en su fragilidad, es lo que Fromm denomina un autómata, se confunde con el resto. Ante la existencia de estas condiciones que conforman la personalidad de los sujetos, la educación necesita repensarse y prepararse para enfrentar lo ocurrido, posibilitando el desarrollo humano. Es necesario *«...el viraje al sujeto. Hay que sacar a luz los mecanismos que hacen a los seres humanos capaces de tales atrocidades; hay que mostrárselas a ellos mismos y hay que tratar de impedir que vuelvan a ser de este modo, a la vez que se despierta una conciencia general sobre tales mecanismos»* (Adorno, 1998:80-81).

La educación debe colaborar en la modificación de la atmósfera cultural que determina al sujeto para que este pueda oponer resistencia. Es necesaria una educación política y crítica, que cuestione las estructuras de las relaciones de poder y ataque los síntomas de la personalidad autoritaria. Que el sujeto pueda recuperar su propio yo auténtico.

Enfrentar críticamente la realidad

A lo largo del artículo se han presentado algunas cuestiones vinculadas al proceso de la modernidad occidental, que han determinado condiciones de existencia para las sociedades basadas en la dominación de la clase burguesa. Básicamente se puso el acento en los riesgos que representa la confianza en la razón instrumental



y el proceso de homogenización que busca igualar anulando diferencias. A estos cometidos ha sido funcional la creación e instalación de sistemas educativos, como aparatos responsables de asegurar la aceptación naturalizada de este estilo de vida. La formación de personalidades autoritarias, el no reconocimiento de uno mismo, la incompreensión de la realidad, la reproducción de las relaciones sociales, la desigualdad y la injusticia, han demostrado que los sistemas educativos se estructuran en función de la sociedad en la que se encuentran. Pero también se ha demostrado que existen posibilidades de aperturas, de escape, de conformación de posiciones alternativas que reconozcan estos hechos e intenten superar las contradicciones actuales a través de la crítica y la concientización.

Esto no solo demuestra el éxito de la clase dominante que logra imponer su estilo de vida y reproducir permanentemente las condiciones de existencia, sino que demuestra a quienes aspiran a establecer un debate crítico y superador de esta realidad, que volver al pasado no es una solución posible. Y que en una sociedad que parece justificar todo en nombre de un futuro mejor, quizás tenga la necesidad de recuperar el presente como momento en el que se pueden consumir experiencias humanas colectivas y solidarias.

Poder reconstruir la totalidad de lo que ocurre genera alivio y comprensión para poder dar cuenta de soluciones, tener un proyecto que

resignifique los ejes temporales, fundamentalmente recuperando la idea de que el presente debe transformarse en una experiencia de la que se participe con autonomía. Experiencias que son con el otro, con el reconocimiento del otro humano y no como objeto, donde hay un lugar para expresar las diferencias porque la historia es de sujetos, no de un Sujeto como impone la modernidad de la Ilustración, que se construyen en la alteridad, en el disenso, en la pluralidad. En este sentido, y teniendo en cuenta el aporte de Foucault sobre “tecnologías del yo”, Skliar y Téllez lo citan para sostener que se trata de «...la exigencia de cuestionar y abandonar “la idea de necesidades universales en la existencia humana”, mostrando que aquello que se piensa como universal, no es “sino el resultado de algunos cambios históricos muy precisos”» (Skliar y Téllez, 2008:38).

Quizás se tengan que suspender las expectativas de lo que se espera del otro, el acto de prever y controlar lo que sucederá que tanto nos imprime la sociedad del control y el disciplinamiento. Tal vez haya lugar para la creatividad, para la posibilidad de que el otro escape de lo esperado, de que sea libre. Seguramente estas fisuras se encuentren en el sistema educativo y entren en contradicción no solo con la burocracia del propio sistema, sino con la sociedad misma que se maneja con el principio del mercado de la competencia y de ejercer el poder sobre el otro.

En definitiva, la escuela moderna ha sido el símbolo del progreso racional para la consolidación de los Estados, se ha impuesto desde un marco disciplinar, normativo, con el objetivo de fabricar ciudadanos que se adapten a la realidad que les toca vivir. Se sostuvo con un fuerte marco normativo y de verdad, con orden y jerarquías bien determinadas. Las irrupciones que actualmente sufre, en el sentido de fugas a la cultura dominante, intentan ser captadas y eliminadas por los expertos, contratados para generar discursos técnicos basados fundamentalmente en la razón instrumental, en el costo beneficio que implica para un Estado mantener el sistema educativo.

Resulta tan imprescindible como difícil abrir nuevas posibilidades, alternativas que permitan reconocer al sujeto su propia realidad junto a los demás, ajenos al odio y la competencia, edificar rechazando la pretensión totalizadora de la verdad. Es así que compartimos la idea de que implica:

«...abrirse a la posibilidad de la invención de nuevas relaciones de sentidos, a la irrupción que rompe los sentidos impuestos por el mito de la fabricación del hombre anudado al mito de futuro (...) mito totalitario que bajo nuevas máscaras se desliza en las prácticas educativas dominantes pues la aspiración de homogeneidad y fijeza de sentido han sido y siguen siendo la soldadura de los diversos dispositivos de dominación que atraviesan dichas prácticas, al punto que puede decirse que en su lógica y sus efectos ellas funcionan predominantemente como control de sentido, es decir, estableciendo y vigilando los límites entre lo racional y lo irracional, la verdad y el error, lo normal y lo desviado, lo bueno y lo malo, lo legal y lo ilegal, lo decible y lo indecible, lo esencial y lo aparente, lo mismo y lo otro.» (Skliar y Téllez, 2008:70)

De esto se desprende la necesidad de restablecer el sentido de lo educativo vigilando el camino que tome, lejos de volver a ideas totalizadoras del pasado, para acercarse a pensar la educación como proceso creativo que dé lugar a algo alternativo. 

Bibliografía

ADORNO, Theodor W. (1998): *Educación para la emancipación*. Madrid: Ed. Morata.

BORDOLI, Eloísa (2006): "El olvido de la igualdad en el nuevo discurso educativo" en P. Martinis; P. Redondo (comps.) (2006): *Igualdad y educación. Escritura entre (dos) orillas*. Buenos Aires: del estante editorial. Serie Educación.

DUBET, François (2011): *Repensar la justicia social. Contra el mito de la igualdad de oportunidades*. Buenos Aires: Siglo XXI editores.

FOUCAULT, Michel (2008): *Genealogía del racismo*. Buenos Aires: Ed. Altamira.

FROMM, Erich (1961): *El miedo a la libertad*. Buenos Aires: Ed. Paidós.

GRÜNER, Eduardo (2010): "La 'otra' modernidad. La revolución haitiana: una rebelión (también) 'filosófica'" en *Espacios de crítica y producción*, Nº 43. Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras, UBA. En línea: <http://es.scribd.com/doc/116474373/Eduardo-Gruener-La-Otra-Modernidad-Revolucion-Haitiana#scribd>

GVIRTZ, Silvina; GRINBERG, Silvia; ABREGÚ, Victoria (2012): *La educación ayer, hoy y mañana. El ABC de la Pedagogía*. Buenos Aires: Aique Educación.

HORKHEIMER, Max; ADORNO, Theodor W. (1994): *Dialéctica de la Ilustración. Fragmentos filosóficos*. Madrid: Trotta Editorial.

LEWKOWICZ, Ignacio (2005): "Escuela y ciudadanía" (Cap. 1) en C. Corea; I. Lewkowicz: *Pedagogía del aburrido. Escuelas destituidas, familias perplejas*. Buenos Aires: Ed. Paidós Educador.

QUIJANO, Aníbal (2014): "Estado-nación, ciudadanía y democracia. Cuestiones abiertas" en *Cuestiones y Horizontes. Antología esencial. De la dependencia histórico-estructural a la colonialidad/descolonialidad del poder*, pp. 605-624. Buenos Aires: CLACSO. En línea: <http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/se/20140424014720/Cuestionesyhorizontes.pdf>

RANCIÈRE, Jacques (2007): *El maestro ignorante. Cinco lecciones sobre la emancipación intelectual*. Buenos Aires: Libros del Zorzal.

SIEDE, Isabelino (2006): "Iguales y diferentes en la vida y en la escuela" en P. Martinis; P. Redondo (comp.): *Igualdad y educación. Escrituras entre (dos) orillas*, pp. 33-46. Buenos Aires: del estante editorial. Serie Educación.

SKLIAR, Carlos; TÉLLEZ, Magaldy (2008): *Conmover la educación. Ensayos para una pedagogía de la diferencia*. Buenos Aires: Ed. Novedades Educativas.